IPSAS AQUAS

El 13 de abril de 1955 se acabó de imprimir en Málaga, bajo la dirección y cuidado de Bernabé Fernández-Canivell, la primera edición de *Hombre y Dios*, que vio la luz como entrega número 8 de la colección «El Arroyo de los Angeles».

Once años habían pasado sobre *Hijos de la ira*, y el revulsivo poético había hecho su efecto en muchas voces españolas. Ya no era todo el monte orégano garcilasista. Expresiones muy en boga durante nuestra guerra y nuestra posguerra, iban cayendo en desuso; y muchos conceptos motores enmohecían su valor pragmático. En sólo una década, el mundo había dado la vuelta, ofreciéndonos su realísimo envés. Y la palabra anticipadora de Dámaso Alonso no sonaba ya a grito de Juan en banquete de Herodes, porque el solista de 1944 tenía un coro que repetía, con las modulaciones de rigor, sus temas.

Dios había venido siendo en la España conflictiva un ser sobre cuyo pecho se colocaban atributos, como se cuelgan medallas o cruces; y una entidad beligerante, tal ocurrió siempre en todos los conflictos armados. Las guerras, entre otros inconvenientes, tienen el de convertirnos en un tanto maniqueos.

Fue también Dámaso el que tuvo el honor de desmovilizar a Dios en nuestra poesía contemporánea, volviendo a esas inmanencias que fueron siempre tan gratas a los místicos, en la paz de los claustros monacales, en el silencio de las bibliotecas. El Dios nunca antagonista del hombre, sino participador de una simbiosis que hace posible ambas existencias, resucitó en Málaga, por boca de un poeta, en la primavera de 1955.

No es casual que el libro comenzara con un ejercicio de «tierna miopía». La primera parte del libro representa, a mi entender, una recreación actualizada del «entreme donde no supe»: el poeta llega hasta la vivienda divina mediante una depuración de la visión humana que difumina todo objeto exterior; agradece que el «film-creación» se suavice con secreta elegancia; y sólo clama por la precisión, desde la inteligencia y desde la justicia. Si el «monstruo gris» lo

atormenta, solamente pide ojos que lo traspasen, a fin de recalar en la humana desnudez de lo divino.

Dámaso ha sido siempre tan profeta como poeta. Fue el catalizador de la impar generación del 27; señaló los caminos viables, en una de nuestras mayores crisis; y, por supuesto, se adelantó a los cauces de religiosidad cristiana, señalados por las corrientes hoy en vigor.

Recuerdo que, en una ocasión, después de una lectura de «Visión de los monstruos», me preguntó:

—¿A que no sabes qué error científico hay en este poema?

Yo le contesté:

—Supongo que te refieres a eso de la nebulosa cuya luz nunca llegará a la tierra, porque su velocidad de huida es mayor a la de la luz. Ya sé que Einstein ha sostenido que una velocidad superior a la de la luz es imposible, porque se daría el absurdo de que la masa del móvil sería menos que cero. Pero tengo una buena noticia para ti: un físico japonés acaba de descubrir que Einstein estaba equivocado. En la olimpíada del espacio-tiempo se ha superado la marca. Y tú, Dámaso, te adelantaste. Como se adelantó Lope de Vega a Pavlov, descubriendo los reflejos condicionados, en la escena segunda del acto tercero de la *Comedia famosa del Capellán de la Virgen, San Ildefonso.* Los sabios, con perdón de Einstein y de Pavlov, no hacen sino corroborar; decir lo que los poetas predicen.

Podría haber añadido que, en ocasiones, el sabio y el poeta se confunden en una sola persona, como ocurre en su caso: entonces el anuncio se hace descubrimiento, sin más trámites.

Mas ocurre que el hombre no siempre descubre *a nihilo.* Muchas veces las invenciones consisten en desenterrar, en el momento propicio, lo que ya fue pero quedó oculto por humus y olvido. Como el perro husmea la trufa, el poeta avisado percibe —aun sin proponérselo— lo que está en el ambiente de su época, lo que pudo estar también en el aire de otro tiempo paralelo, cuando el péndulo del reloj humano se encontraba en un bandazo similar. Los fuentistas se aprestan entonces a delatar los antecedentes, como si con ello dieran en la clave de todo. Y si el poeta es además sabio, los fuentistas dan por seguro que poseía el plano de la isla del Tesoro. ¡Cuántas fábulas críticas han surgido de las varillas de esos zahoríes!

Cuando se publicó *Hombre y Dios,* el que esto escribe, que no es precisamente «hombre de infinita lectura» (¡qué más quisiera!), como Dámaso cree, publicó en el número 31 de la revista *Caracola* un comentario al que pertenecen los siguientes párrafos:

El segundo tema, el que da nombre al libro, se inicia también con un soneto, en el que toda la idea del poema se contiene:

Hombre es amor. Hombre es un haz, un centro
donde se anuda el mundo. Si Hombre falla,
otra vez el vacío y la batalla
del primer caos y el Dios que grita: «¡Entro!»

Al leer este soneto he pensado en los místicos alemanes, en el maestro Eckehart sobre todo, y, más concretamente, en Angelus Silesius, que puso en verso las ideas del gran dominico. Dice Silesius de Dios:

Sé que sin mí
ni un instante podría vivir Dios.
Si en nada me convierto,
El renuncia al espíritu.

Y dice Dámaso de Dios:

Yo soy tu centro para ti, tu tema
de hondo rumiar, tu estancia y tus pensiles.
Si me deshago, tú desapareces.

Nótese que esta coincidencia no la creo, en modo alguno, consciente. Las ideas místicas tienen siempre algo de común, que no les viene, como en tantas ocasiones se ha pretendido, de contactos culturales, sino de su misma esencia. Desde luego, la expresión directa de Dámaso Alonso es, en este caso, muy superior a la de Silesius.

En aquel entonces, nada me dijo el poeta acerca de esta observación mía. Pero, pasados los años, se celebraba en Málaga un curso de verano para extranjeros, y alguien me indicó que un profesor alemán que asistía a los mismos quería verme. He olvidado su nombre, pero recuerdo que declaró ser un especialista en Silesius. Me habló de que había estado con Dámaso Alonso en no sé qué universidad germana, y que le había manifestado al poeta su propósito de escribir algo sobre sus conexiones con el autor del *Cherubinischer Wandersmann*. El le contestó que el tema ya había sido sugerido por mí, en una nota aparecida en una revista malagueña, y esa era la razón por la que quería conocerme. Pronto debió darse cuenta de que yo no soy ningún perito en mística alemana, y de que mis conocimientos de Silesius eran más bien superficiales, entre otras razones porque nunca me encandiló la máxima *non multa, sed multum*.

Conocí a Silesius en las páginas 296 y 297 de la sexta edición argentina de los *Tipos psicológicos* de C. G. Jung, otro adelantado de la sensibilidad de nuestro tiempo. Las ideas de Jung sobre el concepto eckehartiano de la «relatividad de Dios» habían hecho gran mella en mí, y en tal mella reside el secreto de mi descubrimiento.

Porque, eso sí, fue un descubrimiento, incluso para el propio Dámaso Alonso, lo que no deja de proporcionarme cierta lícita alegría. En las anotaciones a los *Poemas escogidos,* que publicó en 1969, puede leerse:

> ... La relación Dios-Hombre forma un sistema en el que son necesarios los dos elementos. Considerado el sistema desde el punto de vista del Hombre, no cabe duda de que la aniquilación de éste entrañaría la del sistema. Estos pensamientos cristalizaron gracias a una conversación con Primitivo de la Quintana, una mañana soleada de domingo, paseando los dos por el «hub» de Boston, casi desierto en tal día y hora.
>
> Así cuajó el tema del soneto *Hombre y Dios,* que es el núcleo del libro. Las ideas concentradas en esos catorce versos son luego expuestas en un comentario (en verso libre)...
>
> Algún tiempo después sufrí una considerable sorpresa cuando mi amigo el poeta Alfonso Canales..., al reseñar mi *Hombre y Dios* en la revista malagueña *Caracola,* halló próxima y evidente relación entre el verso último de mi soneto y uno de los aforismos rimados del poeta alemán del siglo XVII Angel Silesio:
>
> *Ich weiss dass ohne mich Gott nicht ein Nun kan leben:*
> *Werd'ich zu nicst, Er muss von Noht den Geist auff geben.*
>
> Yo no había leído una línea de Angel Silesio, que para mí era entonces sólo un nombre. Después adquirí una antología francesa de su obra (que algún amigo se ha debido llevar: no la encuentro), y hace pocos años, un «fatigado» ejemplar de su *Cherubinischer Wandersmann,* impreso en Frankfurt en 1701...
>
> Lo prodigioso es que, no sólo el final de ese soneto señalado por Alfonso Canales, sino otros lugares de *Hombre y Dios* están en relación más o menos próxima con los pensamientos de Angel Silesio. Hoy el librito es un querido compañero mío. Pero, ¿cómo es posible que cuando yo no conocía la obra de Angel Silesio se suscitara en mí un conjunto de ideas que están también en el *Cherubinischer Wandersmann?* Hay que tener en cuenta que hallo también relación con otros lugares de *Hijos de la Ira,* libro muy anterior.

Lo más prodigioso aún es que al comentarista, que tocó la flauta por casualidad (lo que suele ocurrir con frecuencia, aunque no se confiese), le ha pasado lo propio. No ha tenido la fortuna del comentado: en mi biblioteca no hay todavía, aunque no pierda las esperanzas, ningún ejemplar «fatigado» de Silesius. Pero ya poseo una versión francesa de Roger Munier, que tengo también como libro de cabecera.

He podido comprobar que en otros versos de Silesius alienta esa acusada afinidad con el talante religioso de Dámaso. El «*Quisut Deus?*», airada pregunta del arcángel Miguel, se topa, tanto en Sile-

sius como en Dámaso Alonso, con una respuesta amorosa: la del hombre que se encandila con la *scintilla animi*, se abrasa en el «pequeño foco», «anuda el Universo» y tiraniza a su mismo Creador identificándose con él —según cantan los comentarios en verso libre al soneto-núcleo de *Hombre y Dios*. Silesius, con menos sutilezas expresivas, en el micropoema sexto del primer Libro del *Querubínico errante*, dice así:

Encontrar mi fin último y encontrar mi principio
es fundirme con Dios, que Dios en mí se funda,
llegar a ser El mismo: destello en el destello,
palabra en la palabra, divinidad divina.

No de otra manera han pretendido siempre los amantes identificarse con el ser que aman, permutándose los últimos reductos de su intimidad.

Antes de yo ser nada era vida de Dios

dice Angelus Silesius en el dístico 73 del mismo Libro I.

Y le contesta Dámaso, ya desde *Hijos de la ira:*

¡Oh Dios,
oh misterioso Dios,
para empezar de nuevo por enésima vez
tu enorme rueda!

En *Hijos de la ira* la trascendencia de Dios era aún flagrante para Dámaso Alonso. Diríase que en el proceso de concentración mística todavía se encontraba en las moradas primeras, al pie del Monte Carmelo.

A todo esto, digo yo ahora: ¿por qué buscar en la Alemania del siglo XVII los cinco pies al gato? ¿No buscaron al «Dios relativo», con ánimo más afinado que Silesius, santa Teresa o san Juan de la Cruz? Quizás nuestra tradicional censura impidió a nuestros místicos capitales pronunciarse con la libertad que usaba Silesius, que usa Dámaso. Pero a la postre, con las mínimas variantes que conforman los tiempos, los caracteres y las circunstancias del lugar, la «filosofía perenne» toca los mismos resortes, como demostró Aldous Huxley. Lo humano y lo divino corren siempre la misma suerte. Cuando lo humano se dignifica, acaba en Dios, como los caballos de Guillén acababan en el alma, por «tanta acción de un destino». Y el eclipse de Dios mucho me temo que acabe en eclipse del hombre.

Me siento mucho más cerca de las estructuras que de las fuentes. Creo que hay planteamientos humanos que se repiten con cierta recurrencia, puede que en virtud de la misma ley matemática en que

se intenta fundar la teoría del eterno retorno. Pero no me cabe en la cabeza que un poeta (y digo poeta en el sentido restringido en que el marbete es aplicable a Dámaso Alonso y a otros pocos conscientes del menester) pueda apoyar su mundo en el mundo de otro. Otra cosa es la apoyatura ocasional, lícita y casi siempre confesada. En estos casos el autor de *Hombre y Dios* suele dar facilidades. En nota a su elegía «A un poeta muerto» declara la reminiscencia voluntaria de un poema de Hofmannsthal, que creo identificar con el titulado «Erlebnis». Y al comentar su idea del Hombre como centro del mundo, nos facilita la referencia a Pico della Mirandola.

Pero el humor del poeta se complace también en retar a los críticos que piensan que su menester reside en la peregrinación a las fuentes. Así, a propósito de la «Elegía a un moscardón azul», manifiesta:

> Es curioso que ningún fuentista, de esos que muchas veces atribuyen a los poetas influencias de otros que a lo mejor no han leído (mantengo la anfibología: no los han leído ni el criticado ni el crítico), haya señalado la evidente reminiscencia que hay en esta elegía (verde y con asas).

Repito que el fuentismo no es mi fuerte. Pero el acertijo me tienta (además ya no es tan acertijo). ¿No estará la clave en un poema que D. H. Lawrence escribió sobre una serpiente? ¡Lagarto, lagarto!

ALFONSO CANALES

Martínez Campos, 1
MALAGA